

## Los toros: la españolidad telúrica en la obra de José Martí

Por, Lourdes Ocampo

José Martí, nacido en Cuba en 1853, e hijo de españoles fue uno de los iniciadores del Modernismo Hispanoamericano, además de Héroe Nacional de la República cubana. Amó a su Madre Patria, España, en la que vivió sus años juveniles y cursó estudios de Filosofía y Letras y de Derecho en la universidad de Madrid y de Zaragoza. Allí bebió las fuentes de la cultura hispánica. Sus padres le inculcaron el amor por lo español, amor que nunca abandonó a pesar de organizar una guerra liberadora contra la Metrópoli. Incorporó parte del léxico de la península, la cultura popular, que se complementa con el conocimiento de los clásicos de la literatura. Resuelve la integración de lo hispánico por medio de la incorporación y trascendencia de las fuerzas originales de lo español.

Allí palpitó en las corridas de toros, y sintió la fuerza y belleza del animal que rememora los albores de la civilización, el ímpetu que brota de lo profundo de la tierra. Significó el aspecto cultural de las corridas, ese que prevalece y ha permitido que perviva hasta nuestros días en su feroz y trágica belleza. El toreo es un arte ancestral, vital, que enfrenta al hombre a las fuerzas sagradas de la tierra representadas en la dignidad del toro ante el hombre que lo domina o es dominado por él, con un público que vibra a cada movimiento, y tiembla ya por el toro, ya por el torero, y ese espíritu rebelde y bravo del pueblo español fue el que transmitió en todo lo que escribió a lo largo de su corta vida.

En su obra el toro representa la idea de la potencia y la virilidad irresistible, unidas indisolublemente a las fuerzas primigenias de la tierra que yacen en lo profundo del hombre. El animal actúa como símbolo de lo ancestral, pero al mismo tiempo constituye una fuerza creadora, alusiva de la fogosidad y el salvajismo de las pasiones inherentes al ser humano. Constituye la otra cara de la Modernidad, su antítesis y a la vez complemento. Es un espectáculo, una fiesta que identifica a las culturas hispánicas, existe en España como elemento propio y llega a todos los rincones de la tierra donde trabajaron y vivieron los tenaces emigrantes españoles, con una fuerza que los hizo indestructibles, con un espíritu de lucha por la vida y el progreso que les impulsó a ganar un espacio importante en las sociedades, y su formidable cultura que siempre esgrimieron como bandera.

En 1880, Martí que vivió en España la tauromaquia escribe el artículo “Las corridas de toros”, para el periódico *The Sun*, cuyo público es esencialmente norteamericano. El artículo relata un suceso acaecido en Nueva York, durante su estancia en esa urbe, que le resulta paradójico, y así es su escrito: una corrida de toros organizada por el empresario Henry Berg, escritor y diplomático norteamericano, que es a su vez presidente y fundador de una de las primeras sociedades protectoras de animales, y que, deslumbrado por una corrida a la que asiste en España decide presentarla al público anglosajón, pero con algunas modificaciones que alteran el espíritu del arte del toreo: se debe evitar a toda costa que el animal sufra y que el torero corra peligro, con lo que pierde su esencia el acto y se transforma en un espectáculo circense. Sin embargo Martí en su artículo logra transmitir la esencia del acto, sin herir la susceptibilidad, bastante alta, de su lector.

Comienza su artículo con una descripción de los inicios de la corrida: los muy llamativos trajes de luces, las capas carmesíes, en fin los colores vivos, la parte espectacular; dice:

Los que viven hoy en Nueva York tienen la oportunidad de presenciar: una corrida de toros. Chulillos en espléndidos trajes, adornados de encaje y oro, lanza al aire los pliegues graciosos de sus pequeñas capas rojas. Llevarán zapatos bajos y lucirán sus pantorrillas musculosas en medias de seda. Los saltos y el bramido de los toros asombrados podrán despertar en los espectadores maravillados sentimientos alternos de regocijo y de temor. Los animales embestirán a los astutos chulillos o intentarán escapar. Se les enloquecerá con retadoras capas carmesíes o con gritos torturantes. Los matadores podrán hacer brillante y atractivo uso de sus capas sin peligro. La corrida, sin embargo, sólo puede ser un pálido reflejo de una genuina corrida de toros española, porque Mr. Bergh no desea que los animales sufran.<sup>1</sup>

Sin embargo Martí logra transmitir la esencia de la verdadera corrida española, apasionada y salvaje, con el espíritu del hombre primigenio que

---

<sup>1</sup>José Martí: *Obras completas, edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003, t. 7, p. 215.

subyace en lo profundo de cada hombre y que por ello no muere y todavía tiene vigencia y no morirá mientras existan hombres honestos. Continúa el autor:

El extraño placer que produce una corrida de toros tiene su origen en los padecimientos del toro, en su terrible furia ciega, en el peligro de los hombres y el espectáculo de caballos ensangrentados que se arrastran por la arena. Es la emoción que nace de las agonías de la muerte, del olor a sangre y del aplauso febril que saluda el toro que hiere o mata a sus perseguidores, y agujerea con sus cuernos ensangrentados los cuerpos de los caballos muertos. Es el gran tumulto, esta feroz originalidad, lo que crea este placer salvaje.<sup>2</sup>

Y con ello acierta a mostrar el espíritu de la corrida y de la España finisecular, de la generación precursora del 98. La corrida, al trasladarse a otras latitudes pierde su sentido y se transforma en espectáculo circense, pues no es solo la corrida sino la reacción del espectador, el aura mítica que trasciende el momento y que llega a lo sagrado y primitivo del hombre. Dice en una ocasión: “Así el toro que brama, escarbando la tierra como para sacar de ella fuerzas con que acometer a su enemigo, abate con su aliento enfurecido el yerbaje cercano”.<sup>3</sup> Las fuerzas del animal provienen de lo profundo de la tierra, poseen un halo sagrado que a su vez sacraliza la corrida y al torero, hombre que se enfrenta a ella en un singular combate de vida y de muerte.

Para Martí no tiene sentido la corrida sin el público español, pues el verdadero espíritu del pueblo español está en la perfecta conjunción de ambos:

¡Cuán espléndida y terrible es la corrida de toros en Madrid! El anfiteatro se llena por completo tres horas antes de la corrida. Se pagan los más altos precios por los asientos. Personas carentes de dinero lo buscan prestado para ir a la corrida. Todo el mundo bebe, come y grita. Chistes picantes cosquillean los oídos de las jóvenes más distinguidas. El sol brilla y quema. Hay un tumulto de pandemonio. Los espectadores silban, aplauden, se abofetean, y los cuchillos brillan en el aire.<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup>Ibídem.

<sup>3</sup>José Martí: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. 8, p. 244.

<sup>4</sup>José Martí: *Obras completas, edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003, t. 7, p. 216.

El acto contrasta vivamente con la corrida en Lisboa, cuya esencia, la lucha entre la vida y la muerte, la carne y el espíritu se desdibuja al poner bolas en los cuernos de las bestias:

No es la arena de Lisboa aquella arena de Madrid, de Valencia, o de Sevilla en que un pueblo frenético aplaude a la par, y con iguales palmas, al torador que hunde su espada en el testuz del toro, o al toro que revuelve con sus astas las entrañas del caballo agonizante, y sacude luego al sol, con triunfantes mugidos, el cuerno ensangrentado. Se vocea, se injuria, se azuza como en las plazas españolas; pero ni el bruto muere a manos del hombre, ni puede hender sus astas, cubiertas en el extremo por una bola, en el pecho del caballo o del torero. Sólo puede venir allí la muerte de terrible golpe contra la valla de la plaza o contra la arena.<sup>5</sup>

Sin embargo no es la única vez que lo menciona en su obra. El toro y la corrida es una imagen recurrente que alude al valor y a las fuerzas telúricas, que brotan de lo profundo de la tierra. Si perder su esencia adquiere varias significaciones a lo largo de su extensa obra; representa la fuerza para conseguir la libertad del hombre, tanto la política, por la que luchaba, como la espiritual. Mírese la españolidad literaria de este autor cubano, cuyos padres españoles le inculcaron un amor incondicional a la cultura ibérica, que muestra sin pudor, pues al referirse a la historia americana se remonta a las imágenes de la península para explicarla:

La independencia en los Estados Unidos vino cuando Washington; y la revolución cuando Lincoln. Y aquella fue lección oportuna, para los que entienden que es cosa destructible o escamoteable el derecho humano; o que lo justo se puede negar, si no es a costa de tal arremetida final de la justicia, que vienen a padecer al fin más de ella los que hubieran padecido menos si desde el principio no se hubieran empeñado en negarlo. Las astas del toro, aunque le nuble la vista de pronto la capa colorada, acaban por romper la capa en dos: lo que tiene sus inconvenientes, cuando no puede escaparse de la plaza el torero. Lo mejor es no cebar el toro, ni enfurecerlo.

---

<sup>5</sup> José Martí: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. 15, p. 196.

Lo justo, hágase. ¿Adónde estarían hoy los Estados del Sur si hubieran abolido valientemente a su hora la esclavitud?<sup>6</sup>

El toro coexiste en la energía que subyace en el espíritu del hombre, está agazapado, dormido, pero dispuesto a renacer, despertar al surgir la necesidad. Negarlo es negar la fuerza del hombre y su origen, traicionar la pasión que suele dormir en la Modernidad, y que es intrínseca a todo hombre. Toro y torero se transforman en un símbolo de fecundidad, valor y fuerza sin límites.

Resulta muy interesante un artículo en el que la llegada de la modernidad, representa simbólicamente en el hierro en los finales del siglo XIX, se celebre con una Corrida de toros. Modernidad y tradición se dan la mano, se unen, porque Martí propone un discurso en el que la tradición se pone al día, se revisa al calor de los adelantos, sin perder su esencia identitaria:

En plática animada iban los soberanos cuando emprendieron camino para Cáceres. Esperábalos la ciudad con sus banderas mustias, plegadas a su asta por la lluvia, sus viejos tapetes colgando en los balcones, la alegre muchedumbre vitoreando por las calles, y la plaza de toros engalanada como en día de fiesta. Entre vivas y repiques de campanas inauguraron los reyes el ferrocarril. Llena estaba Cáceres de portugueses que habían cruzado la frontera para ver lidiar toros al lidiador famoso, el osado Frascuelo, traído a Cáceres por dar placer y hacer honor al rey don Luis. A pesar de la terca lluvia: sobre los húmedos asientos del circo se movía en la tarde una multitud voceadora y frenética. Entiérranse en la arena mojada los pies de los aterrados lidiadores; el toro, merced a su mayor pujanza, se mueve con ventaja en la arena, que se tiñe poco a poco con la sangre de un infortunado picador. Frascuelo implora de los reyes que suspendan la corrida; y los reyes lo acuerdan; pero la airada muchedumbre amenaza con los puños a los toreros, alza vocerío inmenso, y los cubre de atroces injurias.<sup>7</sup>

Aquí habla de Frascuelo, Salvador Sánchez Toledano, un torero que admira y reseña en varias ocasiones en su obra y que está considerado uno de los mejores toreros de todos los tiempos, junto a Lagartijo, Rafael Molina Sánchez,

---

<sup>6</sup> José Martí: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. 2, p. 196.

<sup>7</sup> José Martí: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. 14, p. 157.

que también aparece en su obra, como hombres ejemplares: “ni los toros mismos muertos de la espada del frenético “Frascuero” o del torvo “Lagartijo”, cuyos retratos, entre insignias de toreo, lucen en los aparadores de las tiendas a par de los del joven rey Alfonso, cercado de insignias reales”;<sup>8</sup> “Lagartijo, Machío, Arjona y el viejo Sanz, los grandes matadores que son halagados por las mujeres y saludados por los hombres”.<sup>9</sup> El torero es admirado, hombre ejemplar por lo valiente, es una figura pública, que representa el valor sin límites, la fuerza bruta de la tierra encarnada y dominada por el hombre.

La cobardía se castiga en su obra, dice: “soberbios o ciegos, hombres de miedo y de alquiler, hombres arrimadizos y segundones, hombres destructivos y nulos, hombres ornamentales o insolentes, que ven hoy surgir nuevo a su pueblo, y a la tarea de fomentarlo, prefieren, como el cachetero en la plaza de toros, ¡clavarle la última cuchilla!”<sup>10</sup> Las metáforas taurinas son recurrentes, la vida se representa como en la tauromaquia, el coso reproduce la vida misma.

La muerte, estrechamente relacionada con la corrida taurina, no se representa como desventura, sino como su fin último, ya sea la del torero como del toro, se representan en toda su tragedia y grandeza; porque la muerte no es el fin, sino que es el inicio de la gloria para el toro triunfante sobre el hombre dominador y en el torero representa el fin para alcanzar una vida más allá de toda humanidad, simboliza el encuentro con una esencia Universal, llámese Dios o Amor pleno:

En tanto, pálido y agonizante, estaba en su lecho el torero Ángel Pastor. Lució al sol el vestido azul y oro; echó al aire, ante el palco del rey, la montera de negros alamares; tomó trémulo la muleta de capear y la cortante espada; y el toro, airado, clavó su asta en el cuerpo del torero. ¡Eran toros muy buenos, que sembraron la plaza de hombres heridos, y caballos despedazados! Expirando le sacaron de la arena, con la hostia le tocó en la plaza misma el sacerdote los cárdenos labios; vacía quedó la plaza, y llena la calle de gente que iba tras la camilla del torero. Y al pie de su cama, su mujer llorosa y sus temblantes hijos. Y la casa llena de

---

<sup>8</sup>José Martí: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. 15, p. 119.

<sup>9</sup>José Martí: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. 1, p. 177.

<sup>10</sup>José Martí: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. 2, p. 463.

nobles y de enviados de Palacio. Y en la pared, manchado de sangre, el traje azul y oro. Y Madrid alegre.<sup>11</sup>

La muerte es el fin último de la corrida de toros, y como tal no tiene un sentido negativo, sino que es natural, consustancial a la existencia, no es antagónica ni tiene un sentido peyorativo, en el fragmento antes citado, vemos un elemento importante: la esposa y los hijos del torero, hijos que representan la inmortalidad carnal del hombre, de ese que ha luchado contra las fuerzas intrínsecas de la naturaleza y ha perdido. El amor a la vida y la atracción por la muerte no constituyen una contradicción. La muerte se incorpora y se despoja de su carácter terminal, trascendiéndolo en vida renacida. Vida y muerte se unen en la circularidad de la naturaleza, que es un ciclo incesante de muerte y vida. Para Martí la muerte regenera la vida. La trascendencia del hombre se enfoca hacia dos caminos diferentes, nunca contradictorios: una material —su descendencia— y otra espiritual —la vida más allá de la muerte, representada como fuerza espiritual, objetivo, fin y comienzo de la vida. La muerte del toro, a su vez, otorga vida al matador, su sacrificio le alarga la vida, le trasmite la fuerza telúrica.

Los versos no escapan de la metáfora del toro, uno de sus poemarios más importantes y reconocidos *Versos libres*, comienza con el poema “Académica”, en el que describe la poética de los mismos, y comienza con una metáfora taurina: “quieren / Que no con garbo natural el coso / Al sabio impulso corras de la vida”, del poema antes mencionado sitúan uno de los escenarios del poemario: «el coso», sitio dónde se celebra la corrida de toros en la península ibérica. Con este escenario, por un lado, alude a la presencia de la herencia hispánica, que vivifica e incorpora,<sup>12</sup> pero también presenta la vida estrechamente ligada al circo, ora taurino, ora romano, siempre espectáculo, en el que actúan los hombres, y el acto es la vida misma.

La corrida de toros se representa en la obra martiana como una fiesta del espíritu telúrico y feroz español, que de muchas maneras ha llegado a América y forma parte de sus elementos identitarios. Es un acto de riqueza poética y vital, tal vez el más representativo de España. Simbolizan el desencadenamiento de la

---

<sup>11</sup>José Martí: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t.14, p. 447.

<sup>12</sup> Son varias las referencias españolas contenidas, implícitamente en los versos; la mayoría de las plantas que menciona son propias de la geografía española, como el viborezno, el clavel, etc.

violencia impetuosa, sin frenos, a la que el hombre se enfrenta y domina, o al menos lo intenta y triunfa la mayoría de las veces; sin embargo cuando fracasa y perece no tiene lugar una tragedia absoluta, sino está en función de recordar que esa fuerza pervive en el mundo moderno, a pesar del desarrollo del hombre, y se reconoce como tal.

La forma de la tauromaquia en el arte no escapó de su pluma y escribió sobre la representación del espíritu español en los pinceles de Francisco de Goya y Lucientes, particularmente en “Corrida de toros en un pueblo”,<sup>13</sup> en la que añade explicaciones referidas a cómo el tratamiento del color y la línea por parte del pintor contribuyen a otorgar relevancias a los aspectos culturales de la corrida, en la que el pueblo constituye uno de los protagonistas. Toro, torero, ruedo y público español, constituyen los elementos indispensables de la corrida, cuando uno de ellos falta se pierde el espíritu del acto y se convierte en espectáculo. La emoción se pierde; la conjunción de todos los elementos otorga la identidad hispánica y telúrica al acto, que representa la vida misma. Con la breve reseña del cuadro se regodea Martí en el aspecto cultural y pasionario de la corrida, pasionario en las dos significaciones que entraña el término: por un lado el ardor y la fuerza, y por otro la emoción, el dolor sublime por la muerte posible del torero:

Esta *Corrida de toros en un pueblo*,—en esa plaza que se ve tan llena de espacio y tan redonda,—no conserva de lo fantástico más que el color elemental. [...] Parece un cuadro manchado, y es un cuadro acabado. Un torillo, de cuernos puntiagudos, y hocico por cierto demasiado afilado, viene sobre el picador, que a él se vuelve, y que, dándonos la espalda, y la pica al toro, es la mejor figura de esta tabla. Allá sobre la valla, gran cantidad de gentes. Tras el toro, un chulillo que corre bien. Junto al picador, el de los quites. Tras ellos, dos de la cuadrilla. Por allá, otro picador. En este tendido puntos blancos que son, a no dudar, mozas gallardas con blanca mantilla: y con mantilla de encaje. «Fuérezate a adivinarnos, dice Goya, lo que yo he intentado a hacer». Prendado de la importancia de la idea, pasa airado por encima de lo que tal vez juzga, y

---

<sup>13</sup>José Martí: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. 15, pp. 132-133.



para él lo son, devaneos innecesarios del color. Aquí parece que quiso dejar ver cómo pintaba, no cubriendo con la pintura los contornos que—de prisa, y con mano osada y firme—trazó para el dibujo. Dos gruesas líneas negras, y entre ellas, un listón amarillo: he aquí una pierna. Y cuando quiere, ¡qué oportuna mezcla de colores, o de grados de un mismo color, que hacen en este cuadro, a primera vista desmayado, un mágico efecto de luces! Así es la chaqueta del picador.<sup>14</sup>

El cuadro más que una estampa parece una Corrida en todo su esplendor, el acto, reflejo del espíritu español ha sido plasmado por uno de los pintores insignias del país ibérico, que llevó la idiosincrasia del pueblo al lienzo, y otro artista de la palabra le ha dado vida a la tela, ha conseguido que los lectores de otras latitudes sientan las emociones que se desprenden de la tauromaquia y palpiten con el público y el torero.

El toro en ocasiones asume la fuerza creadora, la fuerza bruta, la fogosidad irresistible, el macho impetuoso, que fecunda la tierra, el buey es su antítesis, representa la mansedumbre, ligada a los hombres que han perdido la gallardía y soportan sin quejas, el yugo que le impone la vida. A veces el hombre moderno, derrotado se representa en la poética como el torero que sin ánimos de lucha se enfrenta a la bestia:

Después, como el torero, al circo salgo  
A que el cuerno sepulte en mis entrañas  
El toro enfurecido. Satisfecho  
De la animada lid, el mundo amable  
Merendará, mientras expiro helado

El hombre, que ha olvidado la lucha por la vida y por el bien, es víctima de su propio pesimismo y solo sirve para entretener al público; el toro le vence sin trabajos, porque ya está vencido. Para Martí, el toro, simbólicamente está ligado al caballo, ambos representan la energía vital, la vuelta a los orígenes del hombre. Ambos están ligados de manera indisoluble a la identidad hispana, no se puede hablar de la cultura española sin mencionar el arte taurino, representado en la literatura y el arte como la españolidad esencial, cuyo espíritu ha sido

---

<sup>14</sup>José Martí: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. 15, p. 132.

llevado por todos los emigrantes a América y ha contribuido a forjar la identidad continental, con profundas raíces en la amorosa madre patria.

El toreo es un ritual que implica un sacrificio ancestral, simbólico, del Toro, entidad casi sagrada, que se centra en la bravura del toro, el hombre que se defiende de la muerte con un trozo de tela, y finalmente los significantes de la muerte ritual. Representa una cultura, el avance civilizador del hombre sobre la Naturaleza.

La figura del toro entraña una doble significación cultural, por un lado las fuerzas primigenias que han acompañado al hombre a través de su historia, por otro la fiesta taurina en una síntesis de sentidos que agrupan lo culto y lo popular, lo bajo y lo alto, materia y espíritu, y vida, muerte y resurrección. Para Martí en la tauromaquia está el alma fuerte y sublime de España, esa alma que traspasó a Hispanoamérica y que pervive donde esté la sangre española. La fiereza de la corrida es la contraparte de la Modernidad y a la vez complemento, del sobrio y espiritual pueblo de España, como le llama. A la corrida de toros la describe con la palabra gravitante, llana, teñida de eticismo y lozanía, rebelde y fuerte. El toro encarna las fuerzas instintivas, pero también la fecundidad y la pujante energía creadora; resulta complemento de la Modernidad, unión de lo nuevo y lo ancestral. Se remite a los significados míticos del animal, que subyacen tras la corrida, al alma salvaje y primitiva del hombre que complementa la civilizada y moderna.

Un verso de su obra poética reza: “De Minotauro yendo a mariposa”; el toro representa la fuerza primigenia de la tierra que en la modernidad se transforma en espíritu, en la grácil mariposa, alada y pasional, ardiente. El matador representa el tránsito de la fuerza al espíritu, es quien domina a la bestia, es una lucha constante en la que el vencedor es ora la materialidad y el primitivismo, ora la modernidad y la virtud. La esencia del pueblo español, y por extensión del hombre mismo la presenta como un delicado balance entre el ímpetu y el dominio de las pasiones.